
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

Lección 90:

Daniel en el foso de los leones

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 90

DANIEL EN EL FOSO DE LOS LEONES

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 90

En una lección anterior vimos cómo Darío, gobernante de los medos, tomó el control del reino después de que Belsasar fuera derrotado. Al comienzo del capítulo 6 en el libro de Daniel, leemos cómo básicamente Darío dividió su recién reino conquistado, —o deberíamos decir su reino expandido— y lo dividió en áreas más pequeñas. Puso a 120 sátrapas en su lugar para gobernar y administrar estas regiones. Y luego nombró a tres presidentes sobre éstos 120 sátrapas. Así, pues, tendría a personas muy capaces supervisando a los sátrapas, y estos hombres, por supuesto, gobernarían sus territorios.

Así que, el rey estaba delegando responsabilidad a las personas en las que él confiaba, para poder gobernar sobre todo el imperio de manera eficiente y sin problemas. Una de estas tres autoridades, que en el versículo 2 son llamados presidentes, no es otro que el mismo Daniel, quien es mencionado como el primer presidente, lo que implica que era el líder que sobresalía de estos tres. Una vez más, lo que se nos dice de Daniel es que tenía un espíritu más excelente. También leemos en el versículo 3 que el rey pensó en ponerlo sobre todo el reino. Como Darío empleó a Daniel como uno de estos líderes, probablemente también empleó a los otros líderes que estaban bajo el mandato de Belsasar.

Los otros presidentes y sátrapas, probablemente, sabían que Daniel provenía de los cautivos que fueron llevados al reino durante el tiempo de Nabucodonosor. Si alguno de estos gobernantes eran nativos de la tierra, o si fueron traídos del reinado de Darío, podríamos entender que estos gobernantes estarían extremadamente celosos del hecho de que un judío cautivo tuviera una posición de poder más alta y más honorable que la de ellos. Había una buena razón por la cual Darío colocó a Daniel en un puesto de autoridad. El rey lo prefería porque Daniel era fiel y, obviamente, muy bueno en lo que hacía. Estos hombres celosos soñaban con la idea de que Daniel fuera destituido de su posición de autoridad. Pero, ¿qué pueden hacer ellos? Al parecer, Daniel nunca ha hecho nada malo. Finalmente, uno o más de estos líderes celosos se dieron cuenta de que la única forma en que encontrarían algo en contra de Daniel tendrá que ver con sus creencias religiosas y su adoración.

Leamos juntos el versículo 5: «Entonces dijeron aquellos hombres: No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna, si no la hallamos contra él en la ley de su Dios». Así que, se les ocurre un plan realmente ingenioso. Ellos apelarán al orgullo del rey. Esto no significa que Darío fuera un rey extremadamente orgulloso. Significa que todos tenemos

un grado de orgullo dentro de nosotros, y que todos nosotros podemos ser halagados. ¿A quién no le gusta recibir elogios? Pero recuerda que el orgullo es un pecado. Recuerda cómo Nabucodonosor fue castigado a causa de su orgullo. Estos gobernantes van a halagar a Darío, y tratarán de que él emita una ley que ellos saben que Daniel no cumplirá.

Esto es lo que hacen. Leamos juntos los versículos 6 y 7: «Entonces estos presidentes y sátrapas se juntaron delante del rey y le dijeron así: ¡Rey Darío, para siempre vive! Todos los presidentes del reino, los ministros y los sátrapas, los del consejo y los gobernadores, han acordado por consejo promulgar un edicto real y confirmar una prohibición, que cualquiera que haga petición a cualquier dios u hombre en el espacio de treinta días, excepto a ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones». Están apelando al orgullo que Darío debe tener como gobernador de este imperio. Cualquier petición tendrá que ser presentada ante el rey. ¡Qué poderoso debe haberse sentido Darío!

Y dijeron que todos los gobernadores estaban de acuerdo. ¿Estaba Daniel entre ellos? ¡Por supuesto que no! Él no tuvo nada que ver con esto, pero Darío no lo sabe o, por lo menos, no pensó en ello. En el versículo 8 leemos: «Ahora, oh rey, promulga la prohibición y firma el escrito para que no se pueda cambiar, conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no se revoca». Y en el versículo 9 leemos que Darío firmó el escrito y la prohibición. Necesitamos entender que en ese tiempo cuando una ley entraba en vigor, el rey no la podía revocar. La ley no podía ser cambiada. La ley no podía ser anulada. Lo único que se podía hacer era redactar otra ley.

Y Daniel se entera de esta nueva prohibición. Él sabe que esta nueva ley ha sido firmada por el rey. ¿Qué va a hacer ahora cuando quiera orar a Dios? ¿Irá a ver a Darío en su lugar? ¡Por supuesto que no! Leemos que «cuando Daniel supo que se había firmado el escrito, entró en su casa, y abrió las ventanas de su cámara». Daniel tenía la costumbre de orar con las ventanas abiertas en dirección a Jerusalén, donde antes estaba el templo. Tres veces al día, Daniel realizaba esta práctica. Los otros hombres lo sabían porque lo habían visto hacerlo todos los días. Ellos sabían que él era fiel a su Dios y sabían que seguiría orando a su Dios. Así que, lo están vigilando y esperando; y, efectivamente, Daniel se arrodilló frente a su ventana y oró a Dios, dando gracias y haciendo súplicas. Para Daniel, nada había cambiado.

¡Estos hombres no pueden esperar más! Probablemente están riéndose y dándose palmadas en la espalda mientras corren hacia el palacio. No pueden esperar para contarle al rey lo que acaban de ver. Su hipocresía se muestra con bastante facilidad. Le preguntan al rey: «¿No habías firmado una prohibición? ¿No decía que cualquiera que hiciera una petición debía ser ante ti?». Es casi como si estuvieran rascándose la cabeza, como si no pudieran recordar bien de qué se trataba esta nueva ley. Siguen diciendo: «¿Acaso no decía esa ley algo así como que, si alguien fuera encontrado haciendo una petición a cualquier dios u hombre durante treinta días, sería echado en el foso de los leones?». El rey responde: «Sí, es verdad, porque esa ley sigue la regla general de los medos y los persas,

una ley que no puede revocarse». De la emoción, los hombres apenas pueden pronunciar bien las palabras. Rápidamente le dicen que Daniel, uno de los hijos de la cautividad de los judíos: «No te ha hecho caso, oh rey, y aparentemente no acata al edicto que firmaste porque todavía sigue haciendo sus peticiones tres veces al día». ¡Ja! ¿Y ahora qué vas a hacer, Daniel?

Tan pronto como el rey oye esto, se da cuenta de que ha sido engañado. Él quería a Daniel. Obviamente, lo apreciaba por encima de cualquier otra persona. ¿Recuerdas cómo Daniel hablaba de Nabucodonosor y su poder, cuando él decía que Nabucodonosor, —e incluso cualquier rey de esa época— podía poner a un hombre en el poder o sacar a un hombre del poder, podía matar a una persona o mantenerla con vida? Si Daniel no fuera un amigo muy cercano de Darío, ni fuera estimado por Darío, por muy duro que suene, no sería un gran problema si Daniel perdiera su vida y fuera reemplazado por otra persona. Pero Darío claramente no sólo estimaba a Daniel, sino que también lo quería como persona.

Darío hace todo lo posible para evitar que esta ley se ejecute. Pero los hombres le recuerdan al rey que no se le permite cambiar el decreto o el estatuto. Darío se da cuenta de que ha sido engañado y manipulado para que promulgara esta ley con el propósito específico de que Daniel fuera condenado a muerte. No tiene otra opción sino llevar a cabo este castigo. Darío tiene que cumplir la ley, por lo que ordena que traigan a Daniel ante él, y echan a Daniel al foso de los leones. Pero Darío habla con Daniel antes de que bloqueen el acceso al foso. Le dice que el Dios de Daniel, a quien él sirve continuamente, lo libre. Parece que al rey no le cabe duda de que Daniel será salvado. Colocan una gran piedra en la entrada del foso con el sello del rey, lo que indica que nadie puede interferir con la sentencia. El rey regresa a su palacio, pero esa noche es diferente. No tiene una gran comida, no tocan música para él, y no va a ser entretenido esa noche. De hecho, no come nada. No puede dormir. No puede dormir porque está pensando en Daniel y en cómo fue engañado para que promulgara esta ley con el fin de que Daniel fuera condenado a muerte.

A la mañana siguiente, tan pronto como puede, el rey corre al foso de los leones. Leamos en el versículo 20 lo que sucede: «Y acercándose al foso, llamó a voces a Daniel on voz triste; y hablando el rey, dijo a Daniel: Daniel, siervo del Dios viviente, tu Dios, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?». Podemos escuchar la emoción en su voz. También podríamos decir que el rey tenía una relación cercana con Daniel. Él llama a Daniel «siervo de Dios, el Dios viviente». Además, sabe que Daniel sirve a Dios fielmente. Deberíamos detenernos por un momento y preguntarnos si eso también es evidente en nuestras vidas. ¿Pueden los demás ver que nosotros también servimos y adoramos a un Dios vivo? ¡Qué alegría debió haber sentido el rey cuando escuchó la voz de Daniel!

Daniel le responde, mostrando el debido respeto al rey. Él dice: «¡Oh rey, para siempre vive!». Y luego le cuenta al rey cómo Dios envió a Su Ángel para mantener cerradas las bocas de los leones y no le hicieran daño; «porque —dice Daniel— ante él fui hallado inocente, y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho ningún crimen». En otras palabras, Daniel le está asegurando al rey que él no era culpable de nada, y que, ciertamente, no estaba tratando de hacerle nada malo al rey. El rey ordena que saquen a Daniel del foso. Y cuando lo examinan, ven que ninguno de los leones le había hecho daño. ¿Por qué? En el versículo 23 leemos que era «porque había confiado en su Dios».

¿Qué va a hacer el rey ahora? Bueno, cumplió la ley que había firmado. Hizo que Daniel fuera arrojado al foso de los leones. Así que, la ley fue cumplida. Ahora puede emitir un nuevo decreto. Pero primero, va a castigar a los responsables de esta injusticia que se llevó a cabo. Los hombres que habían acusado a Daniel, junto con sus familias enteras, recibirán ahora la misma sentencia que le habían dado a Daniel. Estos hombres, junto con sus familias, fueron arrojados al foso de los leones. Esta vez no se enviará ningún ángel para mantener cerradas las bocas de los leones. Por el contrario, leemos acerca de las horribles muertes que sufrieron como consecuencia de su pecado. Los leones los devoran antes de que lleguen al fondo del foso. ¿Puedes ver el precio del pecado? Nosotros también somos culpables de nuestros pecados, y también merecemos esa sentencia. Si estamos fuera de Cristo, entonces seremos sentenciados a una muerte eterna.

Regresemos y veamos lo que hará ahora Darío. Darío emite un nuevo decreto. Podemos leer esto en los versículos 26 y 27: «De parte mía es dado un decreto, que en todo el señorío de mi reino todos tiemblen y teman ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente, que permanece por todos los siglos, y su reino uno que no será destruido, y su señorío perdurará hasta el fin. Él libra y salva, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él libró a Daniel del poder de los leones». Podemos ver el respeto y la reverencia que Darío tenía hacia Dios. Él reconoce a Dios como el Dios viviente, y no como un dios falso o un ídolo. También reconoce la naturaleza eterna de Dios, la naturaleza eterna de su reino que nunca podrá ser destruido. Esforcémonos por ser miembros de ese reino eterno de Dios.